

Aspiraciones del Corazón Humano

1881



Triste es el destino del hombre, si no se atreve a levantar la vista de ese terruño que, cual molécula del universo-mundo, le sustenta; digna de anatema es la vida, si esclavos de nuestras viles pasiones no descubrimos en ella el noble fin que las guiara; desconsolador es para el alma, si al cruzar el mar proceloso de nuestra existencia, recordamos solamente aquellas noches tristes y tempestuosas, que tan a menudo se suceden en el corto espacio que media desde la cuna a la tumba.

Empero, si el hombre fija la mirada por lo alto, si subordina sus sentimientos a un fin moral, si atiende, en una palabra, a las aspiraciones nobles y levantadas de su corazón; ¡Ah! entonces siente nacer en su interior una como fuerza vaga, al propio tiempo que potente, que transforma la noche oscura de su existencia en otra muy clara y hermosa, a punto que la inspiración, cual faro luminoso, ríela dulcemente los inmensos océanos que circundan su espíritu.

Nadie ignora que el corazón del hombre siente desde su edad primera, la imperiosa necesidad de remontarse mucho más allá de lo que alcanzan sus sentidos; la Verdad y la Belleza forman sus dos principales objetivos; en el hombre se halla una fuerza que le impulsa constantemente hacia lo grande, lo bello y lo sublime; y el no emplear siempre, como es debido, todos los medios que están a su alcance para el desarrollo de esta fuerza, explica quizás el que algunos insensatos proclamen en alta voz que el hombre es más infeliz que los brutos.

Grandes son, en verdad, los obstáculos que hay que remover para vencer la inacción natural de nuestro ser. No obstante, con orgullo y satisfacción debemos confesar que, en medio de esta inacción general, a vueltas de los siglos, siguiendo el curso sin interrupción de esa larga procesión que forma la humanidad, véanse pléyades de insignes y preclaros varones que han sabido supeditar la pereza de la materia, al raudo fuego de su inspiración, brillando por entre la multitud cual estrella de vivísima luz en medio del firmamento.

Para la consecución de este fin noble y levantado de nuestro corazón, no basta reducirnos a un estudio sencillo y pasajero, no basta argüir con armas de café para tener el efímero placer de vencer más que el de convencer a nuestro contrario.

Para sentir la belleza no basta saber que existe tal o cual cuadro de Apelles o Murillo; tal o cual Venus de Fidias; tal o cual composición admirable de Wagner, para expresar las últimas conquistas del arte musical. No, mil veces no; no basta todo esto para que el hombre experimente verdaderos éxtasis, arrobamientos nunca jamás sentidos. El conocimiento de estas obras de arte podrán seducir y engañar la sociedad, se podrán aparentar sentimientos que no existen; pero la verdad es que en realidad el corazón de estos hombres está vacío y solitario; se les podría comparar a una copa preciosa de oro, pero llena de acíbar.

Las aspiraciones del corazón humano no se satisfacen como quiera; para ello fuerza es trabajar con asiduidad, con voluntad y con amor; profundizar constantemente en el vasto campo de la ciencia y de las bellas artes, a fin de que aunando en estrecho maridaje las diferentes ramas del saber humano, con la concomitancia de todas las artes, se forme una sólida peana, base de todos nuestros puros y castos sentimientos; así, y solo así podremos decir, quizá, antes de bajar a la tumba, en un momento de entusiasmo. «El Hombre es el Rey de la Creación»

¡Feliz el mortal que tal frase llegare a sentir y comprender verdaderamente; ello fuera la prueba más elocuente de que supo satisfacer en lo que cabe, en ese destierro de la vida, las preciosas aspiraciones de su corazón, pasando de lo finito a lo infinito, de lo perecedero a lo grande, bello y sublime!

Tarragona a 15 de Noviembre de 1881

Lauro Clariana Ricart